

[ARTÍCULO]

Semiótica, Transdisciplinariedad y Comunicación

Aurora Bravo Heredia

Pontificia Universidad Católica del Perú

Email de contacto: aurorabravo@pucp.edu.pe

Recibido: 16 de octubre, 2021

Aceptado: 1 de diciembre, 2021

Publicado: 20 de diciembre, 2021

Resumen

Se postula la idoneidad de la semiótica de Charles Sanders Peirce para el estudio de diversos textos tanto de comunicación, expresividades artísticas y de diseño ya que la concepción dialógica y triádica del signo supera el paradigma inmanentista y binario de las versiones lingüístico- formalistas estructuradas en concordancia con el lenguaje o el habla, pero inadecuadas para el análisis de los sintagmas visuales ya sean bidimensionales o tridimensionales. Al mismo tiempo, se destaca el carácter holístico y transdisciplinario de la propuesta peirceana, así como su perspectiva de la dinámica de mediaciones triádicas en el complejo proceso de la semiosis que es la producción de los sentidos y significaciones.

Palabras clave

Semiótica; Transdisciplinariedad; Consumo cultural; Mediaciones.

Abstract

Postulated the suitability of the semiotics of Charles Sanders Peirce for the study of various texts, both communication, artistic and design expressiveness, since the dialogic and triadic conception of the sign surpasses the immanentist and binary paradigm of the linguistic version's formalists structured according to language or speech, but inadequate for the analysis of visual phrases, whether they are two-dimensional or three-dimensional. At the same time, we want to highlight the holistic and transdisciplinary nature of the Peircean proposal, as well as its perspective on the dynamics of triadic mediations in the complex process of semiosis that is the production of meanings and meanings.

Keywords

Semiotics; Transdisciplinarity; Cultural consumption; Mediations.

Cómo citar este artículo:

Bravo, A. (2021). Semiótica, Transdisciplinariedad y Comunicación. *Revista Chilena de Semiótica*, 16 (34-48).

1. Introducción

Nuestro planteamiento de una semiótica transdisciplinaria para el estudio de la comunicación, el arte y el diseño, se sustenta en tres factores: Primero, la convergencia epistemológica del planteamiento dialógico del proceso de la semiosis de Peirce con la visión de los estudios socio-culturales-antropológicos que desplazan el estudio de la comunicación hacia el eje del consumo, los contextos estructurales y las mediaciones; rescatando la lectura como lugar de producción de sentidos condicionados por la polisemia de los mensajes y la constitución psico-socio-cultural del lector donde adquiere un rol importante y de mediación la categoría de imaginario social análoga a la del interpretante en el sistema peirceano. Segundo, tener en cuenta el importante giro que ha dado la semiótica hacia la socio-semiótica, con Paolo Fabbri, como una forma de aproximación a la intersubjetividad y las condiciones del contexto donde se generan los sentidos. Tercero, la consideración de la semiótica como una disciplina, pero también como un campo donde se pueden estudiar diversos fenómenos a partir de la confluencia de los aportes de otras disciplinas como la Psicología, la Sociología, las Ciencias de la Comunicación y la Antropología.

Aproximarnos a la construcción de un paradigma psico- socio cultural – semiótico para el estudio de la comunicación, sobre todo visual, implica una tarea compleja. Además del aparato perceptual universal que nos remite a los fenómenos psico-fisiológicos, la dinámica de los procesos mentales cognitivos, así como a la naturaleza, estructuras y estilos de los enunciados; habría que considerar las mediaciones constitutivas de lo social, cultural y político en la formación de diversos macrosistemas de configuración y significación en los que interviene el imaginario social.

Esta visión holística del fenómeno de la percepción y del proceso de representación del signo atravesado por una serie de mediaciones guarda una afinidad epistemológica y metodológica con la propuesta de Ch. Sanders Peirce sobre la estructura triádica del signo que obedece a la secuencialización del proceso cognitivo asociado al de significación. La función representativa del signo no estriba en su conexión material con el objeto ni en que sea una imagen del objeto, sino en que sea considerado como tal por un pensamiento. En esencia, el argumento es que toda síntesis proposicional implica una relación significativa, una semiosis. Es decir, la acción del signo en la mente, en el pensamiento proyectado con los referentes del imaginario que, a su vez, se va resemantizando en determinados contextos socio- culturales en un proceso de semiosis sociabilizada que incide, a su vez, sobre el contexto generando ciertos cambios que nuevamente producen nuevos signos y sentidos. Tal como complementa la visión de la semiótica cultural de Yuri Lotman (1996) con su concepción de la semiósfera que es un espacio de creación y resemantización constante e infinita.

En esta perspectiva, destacamos los principios del paradigma peirceano que pueden ser refundados a la luz de los aportes de las teorías socio-antropológicas de la cultura y la comunicación; que consideran el papel

fundamental del imaginario en la producción y lectura de los mensajes, así como el consumo cultural [1]. Dichas perspectivas teóricas pueden ser articuladas con el esquema triádico de Peirce que destaca la importancia de la categoría de interpretante, que es la creación del signo en la mente de la persona. La misma que relacionamos con la acción representacional del imaginario y la memoria colectiva en cuanto instancias y/o conformaciones psico-socio-culturales que intervienen en la lectura de los mensajes generando una semiosis *ad infinitum*. Propuesta que fundamentamos a lo largo de este estudio que tiene como categoría vertebral el imaginario social relacionado con el interpretante del signo peirceano. Para ello, primero abordaremos los puntos fundamentales del planteamiento de la semiótica de Peirce. Segundo la ontología e importancia del imaginario en el proceso de comunicación y, Tercero, demostrar la analogía epistemológica y metodológica que existe entre el esquema peirceano y las visiones de estudio socioculturales y antropológicas de la comunicación y la cultura, hacia la construcción de un paradigma holístico psico-socio-cultural-semiótico.

Entre las virtudes constitutivas de la teoría peirceana destaca la concepción de su sistema triádico y dialógico que tiene en cuenta la complejidad y dinamismo del proceso de significación del signo. Asimismo, la mediación y la simultaneidad del proceso sin perder de vista las condiciones de formación de sentido. El triadismo frente al binarismo saussureano marca la diferencia entre proceso dinámico y sistema formalmente establecido, entre cambio permanente y combinatoria mecánica inmanente que no tiene en cuenta al interpretante - que representa la acción del sujeto interpretante con el objeto a nivel semiótico y la dinámica entre imaginario y memoria colectiva que plantean las visiones socio culturales y antropológicas del estudio de la comunicación [2] - y las condiciones contextuales en las que se genera la semiosis.

En los sistemas binarios de tendencia semiológica los signos se distinguen por su valor y se piensa más como un sistema de oposiciones y diferencias; en cambio con la semiótica de Peirce los signos se vinculan más con el proceso de la semiosis ilimitada. Asimismo, la corriente semiológica tiende a considerar el lenguaje como un sistema que oculta la realidad y la verdad subyacente; en cambio la semiótica peirceana considera que el discurso se construye así mismo y, a su vez, construye la realidad prevaleciendo la dinámica dialógica.

Finalmente, otra característica fundamental es el carácter epistemológico peirceano que, por su estructuración conceptual que proviene de la psicología, lógica y matemática; tiene una concordancia con la perspectiva holística y transdisciplinaria tendiendo un puente de complementariedad hacia los paradigmas teóricos socio-antropológicos de la cultura, comunicación y consumo que abordaremos en este trabajo.

2. La semiótica dialógica de Peirce como mediación

El paradigma de Pierce, en relación con los otros que son diádicos, grafica de manera más adecuada la complejidad del proceso de percepción que es simultáneo y continuo a través de su concepción triádica del signo

(objeto, representamen e interpretante) que desencadena el proceso de la semiosis, sustentado en la mediación y simultaneidad permanente. Se trata de operaciones simbólicas que realizamos con el objetivo de comprender el mundo que nos rodea y comunicarnos. Los signos, no son sólo lo que está en nuestro discurso en lugar de las cosas, sino que, sobre todo, signo es “lo que al conocerlo nos hace conocer algo más” (Peirce, 1980, Vol.8: 332).

Así los signos van más allá de reemplazar o sustituir a las cosas, funcionan como entes de procesos de mediación. Precisamente, al núcleo de esta función mediadora, Peirce la categoriza como interpretante, de tal manera que el interpretante de un signo es otro signo. Ese planteamiento implica la existencia de una cadena infinita de interpretantes: la semiosis ilimitada como proceso vital de constante mediación. Cada interpretante es signo de su objeto, y, a su vez, requiere otro signo para su interpretación. Esta referencia subraya el aspecto formal del funcionamiento de los signos: un signo sólo significa dentro de un sistema operante de signos. Significa sólo en virtud de que otros signos del mismo sistema significan algo.

El proceso guarda analogía con la dinámica mediadora del pensamiento del sujeto- interpretante en cuanto a su relación con las cosas y los signos. La interrelación entre el representamen y el objeto quedaría trunca si no hay un interpretante y una correlación que corresponda al interpretante y al objeto establecido por la persona que lo está interpretando: el intérprete. Así la función del intérprete, en colaboración con su respectivo interpretante, es precisamente la de demarcar, y hacer explícita hasta dónde sea posible, la correlación entre representamen y objeto. La acción mediadora es lo que activa el proceso de la significación del signo. En consecuencia, “la correlación mediadora tiene que ser netamente triádica” (Peirce, 1980, Vol.2: 274).

Asimismo, la relación del sujeto interpretante forma parte del proceso intrínseco de la elaboración del pensamiento y del conocimiento cuya dinámica a su vez la relaciona con un orden universal. Esta secuencialidad perceptivo- cognitiva en el tiempo es representada por tres categorías que Peirce (1980) denomina: *Primeridad* (Firstness), *Segundad* (Secondness) y *Terceridad* (Thirdness). Las referidas categorías conceptuales pueden “considerarse como algo semejante a inclinaciones o tendencias hacia las cuales se dirigen los pensamientos” (Peirce, 1980, Vol.1: 356).

Peirce trata de abordar la relación del sujeto con la realidad que es una suma de fenómenos que forman parte del proceso de significación que se representan a través de estas tres categorías que sistematizan una dinámica mediadora y una visión dialógica del fenómeno de la significación donde se entrecruzan las variables de calidad y temporalidad relacionadas a su vez, con la dinámica cognoscitiva del sujeto interpretante. Cada vez que percibimos un fenómeno, experimentamos una Primeridad, la cual es corporeizada (Segundad), para ser mediada y conceptualizada (Terceridad). En conclusión, percibimos mediante un signo el cual a su vez está compuesto por un representamen que determina a otra cosa, su interpretante, para que se refiera a un objeto al cual él mismo se refiere (representamen) haciendo que el interpretante se convierta a su vez en otro representamen. Es el proceso de la semiosis, la producción de interpretantes que generan otros signos, es decir, otros *representamen* que, a su vez, generan

otros interpretantes, ad infinitum.

Estos tres niveles de relación revelan la condición mediadora y holística del signo peirceano ya que se establecen variables cognitivas, de espacio y de tiempo en un permanente cambio vital. En este sentido, para Peirce estas categorías subyacen detrás de todo pensamiento humano (Peirce, 1890, Vol. 1: 354).

Como vemos el Interpretante, por su naturaleza y dinámica, convoca las variables: psicológica, temporal y perceptivo-conginitiva. Asimismo, es el punto axial de la semiosis. En consecuencia, esta condición del Interpretante se relaciona para Néstor Sexe, con la categoría del imaginario. "El interpretante es la instancia de lo imaginario, de la relación indecible entre un representamen y su objeto" (Sexe, 2001: 47). Este es el punto nodal entre la teoría peirceana y las teorías socio antropológicas de la comunicación y la cultura que consideran al imaginario como mediación en la generación de sentidos en el momento de la decodificación de los mensajes.

En este sentido, planteamos una semiótica- transdisciplinaria que se fundamenta en los planteamientos de Peirce, Paolo Fabbri y los principios epistemológicos de las teorías socio-antropológicas de la comunicación teniendo como eje articulador el proceso de la semiosis sustentada en la visión triádica del signo de Peirce. Concepción del proceso perceptivo y cognitivo que se articula con la dinámica de la categoría de imaginario social, considerada como una gran mediación (Martín Barbero, 1966) en el proceso de lectura de los formatos masivos.

3. El imaginario como punto nodal

Para ahondar y demostrar el punto de convergencia nodal entre la semiótica peirceana y las teorías socio-antropológicas de la cultura y comunicación es necesario definir y explicar la ontología y dinámica de la categoría de imaginario social que se relaciona con el Interpretante. Para ello, retomaré los aportes de Cornelius Castoriadis, Edgar Morin y Gilbert Durand aplicando una visión holística que traza un puente entre la perspectiva psicológica y socio-antropológica. De esta manera demostraré que el imaginario es una instancia, una conformación que está presente en todo proceso de estructuración de lo social, de lo cultural. Un mecanismo proyectivo individual y social. Un estadio de la conformación mental y psicológica. Una actividad psico-mental que tiene determinada dinámica. El imaginario también como complemento - suplemento de lo real como sostienen Cornelius Castoriadis (1989. Vol. II) y Edgar Moran (1966).

En consecuencia, el imaginario como una categoría vertebral para el estudio de la comunicación que abarca el proceso de encodificación, circulación y decodificación de los mensajes en las sociedades modernas. Proceso que, a su vez, tiene profunda relación con la dinámica de la percepción, elaboración y cognición del signo relacionado íntimamente con el interpretante de Peirce. Instancia-conformación que apuntala la semiosis generando una serie de sentidos en la conformación, circulación y lectura de los sistemas simbólicos en determinado contexto sociocultural donde es

importante tener en cuenta la cuestión del poder (J.B. Thompson).

Cornelius Castoriadis (1989) revela en lo social – histórico una génesis ontológica del imaginario, una creación continuada, una auto-alteración que va haciéndose a sí misma como institución. “A lo que es posición, creación, dar existencia en lo histórico-social lo llamamos imaginario social” (Vol. II: 284). En esta perspectiva, señala un estadio anterior a la imposición de la lógica identitaria, al cual denomina magma. Dicho magma está compuesto por significaciones imaginarias, a través de las cuales cada sociedad plantea lo que es y lo que no es; lo que vale y lo que no vale; y cómo es y no es. Es la institución de las significaciones la que instaura las condiciones y las orientaciones comunes de lo factible y de lo representable, gracias a lo cual se mantiene unida, por anticipado y -para decirlo así- por construcción, la multitud indefinida y esencialmente abierta de individuos, actos, objetos, funciones e instituciones (Vol. II: 286 y ss).

La visión del surgimiento de la institución imaginaria de la sociedad sustentada por Castoriadis plantea cómo se genera el imaginario social. Si bien como punto de partida señala la relación -que designa con el término freudiano- de apoyo entre la sociedad y lo que se ha dado en llamar primer estrato natural, su visión va más allá. Los puntos de apoyo del mundo natural no solo dan existencia a una instancia de lo no natural (lo representado, lo imaginario), sino también al imaginario social que implica, a su vez, una toma parcial o selectiva a partir de la organización del mundo que la sociedad ha planteado en un proceso de formación-transformación presentificada por modificaciones del mundo sensible. De tal manera que aquello sobre lo cual se da el apoyo resulta alterado por la sociedad mediante el hecho mismo del apoyo.

Esta relación para Castoriadis (1989) es más compleja y hasta cualitativamente distinta, pues el mundo de las significaciones instituido en cada oportunidad por la sociedad no es, evidentemente, ni un doble o calco (“reflejo”) de un mundo “real”, ni tampoco algo sin ninguna relación con un cierto ser así natural. Señala, más bien que el principio de esta cadena de formaciones y transformaciones nace de la contradicción fundamental entre lo natural y lo no natural: lo imaginario. El surgimiento del imaginario se sustenta en el apoyo sobre el estrato natural, de ahí se genera una “toma” parcial a partir de la concepción del mundo que elabora el grupo. Es una formación y transformación incessantes pues la institución de la sociedad registra cambios en el mundo sensible que, transformado, a su vez genera otros en la institución del imaginario (Castoriadis, 1989, Vol. II: 288).

Así el lenguaje, valores, necesidades y trabajo de cada sociedad, en su modo de ser particular, especifican en cada momento la organización del mundo y del mundo social referido a las significaciones imaginarias instituidas por la sociedad en cuestión. Asimismo, estas significaciones también son las que se presentifican-figuran en la articulación interna de la sociedad; en la organización de las relaciones entre los sexos y la reproducción de los individuos sociales; en la institución de formas y de sectores específicos del hacer y de las actividades sociales. Participan también aquí el modo por el cual la sociedad se refiere a sí misma, a su propio pasado, a su presente y a su porvenir.

Otra característica importante que atribuye al imaginario es que se constituye como centro o núcleo organizador/organizado, que conforma una atmósfera o una “personalidad” de una época. Esta propiedad revela lo que denomina imaginario radical, categoría que media entre el dinamismo psíquico y las relaciones sociales. Imaginario radical como aquella capacidad de “hacer surgir como imagen algo que no es, ni que fue”. Es desde este concepto que establece la relación con la historia, lo social y lo psicológico. “El imaginario radical –señala– es como lo social-histórico y como psiquésoma. Como social-histórico es río abierto del colectivo anónimo y como psiquésoma es flujo representativo-afectivo-intencional” (1989, Vol. II: 493). Tanto el imaginario social como la imaginación radical se caracterizan porque lo instituido es recibido/alterado constantemente.

En este proceso de creación y recreación podemos constatar que el imaginario precisa del signo para expresarse y salir de su condición de virtualidad, para existir. Aquí es necesaria la “participación” de la función imaginaria para “evocar” la función propia del representamen y activar la dinámica del interpretante hacia donde apunta el simbolismo de los signos en la visión peirceana. La relación entre ambos es procesual y constitutiva a la vez, por lo que para entender su construcción y relaciones “es necesario entrar en los laberintos de la elaboración simbólica de lo imaginario en lo inconsciente” (Vol. II: 286), estableciendo una estrecha relación constitutiva entre ambos.

Como podemos ver el aporte de Castoriadis nos permite establecer que el imaginario es una instancia psico-social que juega un rol fundamental en la elaboración e intercambio simbólico, es decir en el proceso de conformación de los signos y su recreación infinita a través de la semiosis. Asimismo, concluir que los sistemas representacionales imaginarios se van modelando sobre un tronco antropológico común, de acuerdo con la interacción de las variables de lo social y cultural en determinado contexto sociohistórico. Es decir, sobre una base psicológica común del cumplimiento de los deseos; se moldea el imaginario social.

3.1. El imaginario de la industria cultural

El cumplimiento del deseo secularmente reprimido siempre será un caudal ávido de cobrar forma a través de los propósitos o sueños que ofrecen los aparatos simbólicos. La década del 90, que marca el fin de los mitos y las ideologías, ha generado un gran vacío existencial; el mismo que es compensado -entre otras cosas- por los productos masivos que ofrece la industria cultural a través de un sistema de símbolos que rige la vida del individuo.

Edgar Morin es uno de los teóricos que con más acierto ha estudiado el imaginario en su relación simbiótica con la industria cultural. Conocedor y admirador de la obra de Castoriadis ha recuperado una serie de principios sobre el imaginario, anexándolos a otras categorías freudianas para explicar el imaginario de las sociedades modernas occidentales, mismo que es creado y recreado por la industria cultural.

El reconocimiento que hace Morin sobre los aportes del filósofo griego es significativo en cuanto marcan su visión sobre el imaginario partiendo de lo que es genésico en el hombre.

Mientras muchos han considerado al imaginario como irrealdad, eflorescencia, superestructura, Castoriadis ve al imaginario en la raíz misma, en la fuente de todo lo que se instituye o se crea, tanto en el psiquismo como en el devenir sociohistórico. No es la superestructura, sino lo contrario, aquello que es anterior a las estructuras. Es la categoría que permite escapar al determinismo y al racionalismo para aprehender lo que es genésico en el hombre y la sociedad (Morin, 1993: 49).

Morin, retomando esta visión, concluye que lo imaginario es lo que complementa lo real, y lo que le da valor de existencia. Asimismo, compartiendo la concepción de punto de apoyo de Castoriadis, plantea que, en la industria cultural hay dispositivos que dan apoyo imaginario a la vida práctica y que en ésta hay puntos de apoyo prácticos a la vida imaginaria. Este intercambio entre lo real y lo imaginario va a ser mediado por la industria cultural masiva que se constituye en un conjunto de dispositivos de intercambio cotidiano entre lo real y lo imaginario a través de configuraciones arquetípicas que dan forma a los sueños y las ilusiones del hombre contemporáneo.

Para Morin (1966), la segunda industrialización es la de las ilusiones y los sueños, una colonización que concierne al espíritu, cuyo producto es el imaginario que fabrica la industria cultural que propone modelos, patrones, gustos, ilusiones y aspiraciones, por todos deseadas. Es decir, el imaginario “del hombre medio” que concibe la realización a través del matrimonio heterosexual con un buen estatus económico que permita el consumismo como camino a la felicidad. En este sentido, señala que sobre estos fundamentos antropológicos se apoya la tendencia a la universalidad de la cultura de masas. Dicha tendencia despierta un universo primario que se sustenta en las pulsiones y deseos del hombre. Ese es el nivel donde interactúan las configuraciones arquetípicas que moldean una forma de representación de lo visual.

En esta misma perspectiva Gilbert Durand (1982) plantea para el estudio del imaginario un enfoque que articula lo social con lo psicológico, a lo cual denomina el trayecto antropológico, es decir “el incesante intercambio que existe en el nivel de lo imaginario entre las pulsiones subjetivas y asimiladoras y las intimaciones objetivas que emana del medio cósmico y social” (Durand, 1982: 35). Siguiendo el planteamiento freudiano de la descomposición del Yo, Durand presenta un esquema en tres niveles al dividir el consciente en “Yo” y “Súper-yo” y el inconsciente correspondiente al “Ça”. Las dos primeras conformaciones coinciden con las dos partes del trayecto antropológico y se sitúan en el nivel educado; el inconsciente (“Ça”) es, antes que todo, una parte innata del trayecto.

Nos interesa la aproximación que plantea Durand a las categorías freudianas, pero discrepamos en la extrapolación de las categorías individuales que corresponden a la teoría de la descomposición de la

personalidad psíquica (Freud, 1988: 58 y ss). Consideramos más pertinente la analogía con los planteamientos sobre las instancias psicológicas: consciente, preconsciente e inconsciente, expuestos en las dos teorías sobre la angustia (Freud, 1988, Vol. XIX: 41-48 y Vol. XXII: 75-103). Instancias que no retoma Durand en su planteamiento del trayecto antropológico. Sólo toma en cuenta las categorías de la descomposición de la personalidad: Yo, Súper yo y Ello (Ça).

En este sentido, consideramos necesario recuperar algunos aportes de la teoría psicoanalítica de Freud para plantear nuestra concepción sobre la categoría del imaginario adscrita a la dinámica del campo cultural de la comunicación y destacar su papel mediador en el momento de la conformación y lectura de los mensajes, donde se genera toda una serie de sentidos de acuerdo a la constitución psico-socio-cultural. Es decir, que el imaginario se constituye en el mediador de la resemantización y de la apropiación de los usos de los signos. Cabe remarcar que este proceso si bien se efectúa en un plano consciente, también se activan sedimentos subconscientes e inconscientes.

Consideramos que las categorías individuales del psicoanálisis pueden ser extrapoladas adecuadamente a un grupo social o cultural en tanto mecanismo dinámico que tiene cierta dialéctica en el funcionamiento de fenómenos, a los cuales no se puede escapar un sujeto. Quien tampoco, como sostiene Fromm (*La aplicación del psicoanálisis humanista a la teoría de Marx*) puede evadirse de una dinámica de lo social que es donde van a adquirir sentido los fenómenos psicológicos.

De acuerdo con la descomposición de la personalidad de Freud y la conceptualización social de estas instancias de Fromm concluimos lo siguiente. El yo, (el mediador entre el inconsciente y la realidad) en la dimensión de grupo cultural, corresponde a la categoría de carácter social. El preconsciente (rastros y rasgos que al influjo de la realidad pueden ser evocados desde el inconsciente) como imaginario y el inconsciente, (el lado oscuro de donde provienen las demandas pulsionales del cumplimiento del principio del placer) como inconsciente social o memoria colectiva. Por tanto, conceptualizamos el imaginario como una instancia mediadora que rige la vida desde lo pulsional a lo psico-físico, desde lo individual a lo social, de lo consciente a lo inconsciente. El imaginario social como una instancia-conformación construida sobre un tronco antropológico común moldeado por las mediaciones constitutivas de lo social y cultural interiorizando estructuras modélicas y representacionales que determinan formas simbólicas de configuración y percepción que remiten a determinada matriz cultural en determinado contexto sociohistórico.

3.2. El puente entre el imaginario y la semiótica

En este punto es importante el aporte de Lacan (1957) quien ha rescatado principios importantes de la teoría freudiana de una manera muy sugestiva. Para determinar la ontología de lo simbólico parte también del origen psico-físico de la pulsión libidinal que luego cobra representación simbólica e imaginaria. De esta manera determina la existencia de tres campos

o dimensiones que llama registros los mismos que posibilitan conjuntamente el funcionamiento psíquico, de modo que cualquier entidad, proceso o mecanismo de lo psíquico puede ser enfocado y analizado en sus aspectos imaginarios, reales y simbólicos. En consecuencia, un proceso de pensamiento del orden simbólico involucra siempre, una base o soporte en lo real y una representación en el registro de lo imaginario. El psicoanalista francés define lo real como todo aquello que tiene una presencia y existencia propias y es no-representable. Concibe lo real como aquello que no se puede pensar, imaginar o representar, es decir, lo inconceptualizable con el lenguaje, porque al representarlo se pierde la esencia de éste, es decir, el objeto mismo. Por ello, lo Real está siempre presente pero continuamente mediado por lo imaginario y lo simbólico. Lo imaginario, o aspecto no-lingüístico de la psique, formula el conocimiento primitivo del yo, en tanto lo simbólico, término que utilizaba para la colaboración lingüística (lenguaje verbal coherente), genera una reflexión a nivel comunitario del conocimiento primitivo del yo y crea el primer conjunto de reglas que gobiernan el comportamiento integrando al sujeto en la cultura. Lo simbólico constituye el registro más evolucionado y es el que tipifica al ser humano adulto. Lacan considera que el lenguaje construye al sujeto y el humano padece este lenguaje porque le es necesario y le aporta a cada sujeto una calidad heurística, con el lenguaje simbólico se piensa, con este lenguaje se razona, con tal lenguaje existe comunicación -simbólica- entre los humanos (1959).

Esta visión es análoga a la del signo triádico de Pierce compuesto por el representamen, objeto e interpretante. Niveles representacionales y cognitivos que coinciden con los tres registros del pensamiento lacaniano lo cual, de acuerdo con Néstor Sexe (2001), nos permite establecer: lo simbólico del orden del representamen, lo real del orden del objeto y lo imaginario del orden del interpretante. Estas categorías y dinámica procesal tienen correlación con la concepción triádica de las instancias grupales que hemos aplicado al estudio de la comunicación a partir de los planteamientos de Freud extrapolados a un grupo social. Entonces, la decodificación de los sintagmas se opera a través de la dinámica entre el inconsciente social y el consciente social mediados por el imaginario social.

A partir de esta conclusión y de acuerdo con los planteamientos de Freud, Lacan y Peirce, podemos establecer la siguiente relación de correspondencia entre estas instancias y registros: la memoria colectiva, lo simbólico, relacionados al orden del representamen; el consciente social, lo real, del orden del objeto y el imaginario social, lo imaginario, del orden del interpretante. Esta dinámica triádica permitiría dar razón del sentido de las macro representaciones y simbologías culturales. Es decir, a nivel sociocultural, el imaginario (interpretante) apuntalando la semiosis en determinado contexto socio -histórico.

El imaginario como creación y recreación de determinado tipo de sociedad y, a su vez, el imaginario transformando a esta a través de la incidencia del sentido de las formas simbólicas sobre lo real.

4. Hacia una semiótica transdisciplinaria del imaginario

El planteamiento de una semiótica- transdisciplinaria se fundamenta en la base estructural de los planteamientos de Peirce y Paolo Fabbri, como ya hemos señalado y los principios epistemológicos de las teorías socio antropológicas de la comunicación teniendo como eje vertebral el proceso de la semiosis y el papel activo del lector mediados por el interpretante y, a nivel de grupo sociocultural, por el imaginario. La visión triádica del signo de Peirce que grafica el proceso perceptivo y cognitivo de la representación del signo donde juega un rol significativo el interpretante, es análoga y se articula con la dinámica de la categoría conceptual de imaginario social considerada como la gran mediación (Martín-Barbero, 1987) en el proceso de comunicación desde el eje del consumo (lectura) donde se generan los sentidos de las formas simbólicas, es decir la semiosis adscrita a un contexto socio-cultural (Fabbri, 2000; Verón, 1998), o más precisamente a un contexto estructurado teniendo en cuenta la cuestión del poder (J. B. Thompson, 1993).

La analogía de las categorías conceptuales sociopsicológicas y semióticas, así como su interrelación; nos permiten visualizar la convergencia de la visión teórica de Pierce - que se proyecta a la dimensión existencial por su formación filosófica – con los paradigmas teóricos socio-antropológicos y culturales del estudio de la comunicación como el de la escuela culturológica francesa que hace visible el papel de la industria cultural en el intercambio de lo real y lo imaginario [3]. Asimismo, los estudios culturales ingleses y latinoamericanos que estudian el fenómeno de la comunicación desde el eje de la lectura de los mensajes rescatando el papel activo de la audiencia [4], dinámica adscrita en un macrosistema de mediaciones constitutivas [5]. Planteamientos que, en última instancia, nos llevan a un punto en común: la mediación dinámica del imaginario social y del interpretante en el proceso de la semiosis de un grupo sociocultural en determinado contexto histórico.

La concepción del proceso perceptivo y cognitivo de la representación del signo tiene correspondencia con el paradigma de la comunicación de Jesús Martín-Barbero quien en su planteamiento fundamental de estudio *De los medios a las mediaciones* (1987), considera el papel del imaginario social como una mediación en el estudio del proceso de comunicación a partir del eje del consumo. Lugar donde se generan los sentidos de las formas simbólicas. Situación análoga a la que ocurre en el proceso de la semiosis inmersa en un contexto sociocultural que condiciona, en última instancia, el sentido de los sintagmas (Fabbri, 2000).

La propuesta teórica de Jesús Martín-Barbero (1987) guarda una relación con la semiótica peirceana por tres razones fundamentales. En primer lugar, porque propone un paradigma de estudio de la comunicación desde el eje de la recepción destacando la creación de sentidos en el momento de la lectura de los mensajes. Segundo, porque plantea el estudio de la comunicación como un asunto de mediaciones más que de medios haciendo visible el papel de las mediaciones constitutivas de lo social y cultural que configuran las expresividades de los textos. Tercero, porque destaca la

importancia del imaginario social al señalar que la efectividad de un producto *mass media* obedece a la profunda dinámica entre imaginario y memoria colectiva.

Barbero propone el estudio de la comunicación desde las mediaciones porque considera que son “lugares de los que provienen las restricciones que delimitan y configuran la materialidad social y la expresividad cultural de la televisión” (Martín-Barbero, 1987: 233). Es decir, la interacción de las mediaciones constitutivas de lo económico, social, cultural y político dando forma a los textos. Por ello propone la metodología de investigar desde las mediaciones y los sujetos, esto es, “desde la articulación entre prácticas de comunicación y movimientos sociales” (Martín-Barbero, 1987: 234).

Estudiar la comunicación desde el eje del consumo, le permite a Barbero visualizar las resistencias, la apropiación de los usos, las resemantizaciones, la producción de sentidos a través de la dinámica entre imaginario social y la memoria colectiva. En este sentido, Martín-Barbero (1987) plantea un análisis integral del consumo, entendiendo que el conjunto de los procesos sociales de apropiación de los textos no es sólo reproducción de fuerzas, sino producción de sentidos: lugar que no se agota en la posesión de los textos, pues pasa por los usos que les dan forma social y en los que se inscriben demandas y dispositivos de acción que provienen de diferentes competencias culturales.

A partir de las propuestas teóricas de Morin y Martín-Barbero, podemos concluir que la comunicación es un asunto de mediaciones donde es importante el papel del imaginario social como la dimensión mediadora en el proceso de producción y lectura de los mensajes. En buena cuenta, la semiosis adscrita a la dinámica de las mediaciones constitutivas de lo socio-cultural y político destacando el papel del interpretante y/o del imaginario social de determinado grupo socio-cultural, generando sentidos en el momento de la lectura.

Podemos concluir que la lectura de los textos es un proceso psico-socio-cultural y político en el cual confluye la satisfacción del deseo del ciudadano consumidor apuntalado por la pulsión erótica, el mismo que cobra diversas configuraciones dominantes interiorizadas a través de procesos socioculturales y de acuerdo a la estrategia comercial y al decisivo papel de la industria cultural en determinado contexto socio-político. Este complejo proceso explica el encuentro de la estrategia comercial y el carácter simbólico del consumo, así como su relación con el proceso de la semiosis mediada por el interpretante que a nivel de grupo sociocultural corresponde al imaginario social.

El papel del imaginario social en el momento de la lectura nos da cuenta de un macroproceso de semiosis inmerso en determinado contexto sociocultural y político. Esto implica la construcción de un modelo de estudio teniendo en cuenta las mediaciones constitutivas que delimitan las expresividades de los textos u objetos generando universos de significaciones que son decodificados y resemantizados de acuerdo con imaginarios que generan múltiples sentidos.

En la perspectiva de la construcción de un modelo semiótico transdisciplinario es fundamental el aporte de Paolo Fabbri quien desestima la visión constructivista que durante mucho tiempo planteó la estrategia de “trocear la complejidad del lenguaje, la complejidad de las significaciones, la complejidad del mundo en unidades mínimas (siguiendo en cierto modo el modelo atomista), y luego, mediante combinaciones progresivas de elementos de significado y de rasgos de significantes, producir o reproducir el sentido” (Fabbri, 2000: 41). Frente a ello, el argumento sustancial del giro semiótico de Fabri es precisamente advertir que no se puede “... descomponer el lenguaje en unidades semióticas mínimas para recomponerlas después y atribuir su significado al texto del que forman parte”. En cambio, propone crear universos de sentido particulares para reconstruir en su interior unas organizaciones específicas de sentido, de funcionamientos de significado. Para Fabbri, sólo por este camino, se puede estudiar “esa curiosa realidad que son los objetos”, que pueden ser al mismo tiempo palabras, gestos, movimientos, sistemas de luz, estado de materia, etc., toda nuestra comunicación (Fabbri, 2000: 41).

De acuerdo a los principios teóricos de la socio-semiótica de Fabbri, proponemos un paradigma transdisciplinario que articule transversalmente las mediaciones constitutivas de lo psicológico, social, cultural y político, de tal manera que, en el análisis se considere las condiciones de producción, circulación y consumo de los sintagmas, poniendo énfasis en la mediación del imaginario social como el macro-interpretante que genera los macrosistemas configurativos en determinado contexto sociocultural y político, teniendo en cuenta la cuestión del poder.

NOTAS

[1] El tratamiento del papel del imaginario en el proceso de comunicación abordado por Edgar Morín (1966) en el *Espíritu del tiempo*. Asimismo, la categoría es considerada por J.M. Barbero en *Los medios y las mediaciones*. Finalmente, Canclini también la tiene en cuenta al bordar el estudio del consumo en *Ciudadanos y Consumidores*.

[2] Alberto Cirese y Maurice Halbwachs, sostienen que la telenovela “es un producto hecho especialmente para significar, pero dicha significación anuda y anida en el imaginario con la memoria colectiva” en J. Martín Barbero, *De los medios a las Mediaciones* (1987), quien concluye que: la efectividad de un producto obedece a la profunda dinámica entre imaginario y memoria colectiva.

[3] Edgar Morin (1967) plantea la relación simbiótica del imaginario con la industria cultural masiva que configura una serie de discursos a través de estrategias y dispositivos de intercambio entre lo real y lo imaginario.

[4] Stuart Hall (1980) determinó la relación dinámica entre la encodificación de los mensajes, el momento del texto encodificado y la variación en la decodificación de las audiencias de acuerdo con diversas mediaciones como la clase social, prácticas culturales y el contexto. Por su parte David Morley (1992: p80) destaca otras variables a tener en cuenta como aspectos raciales, condición de género, aspecto etario y sobre todo, la pertenencia de los sujetos a diversas subculturas.

[5] Jesús Martín-Barbero (1987) sostiene que la comunicación es un asunto de

mediaciones más que de medios, estableciendo mediaciones constitutivas que construyen y configuran la expresividad de los formatos de los medios.

Referencias

- ANSART, P. (1983). *Ideología conflictos y poder*. México: Premia.
- CASTORIADIS, C. (1975). *La Institución imaginaria de la sociedad*, Vol. II, El imaginario social y la institución. Barcelona: Tusquets.
- FROMM, E. (2003). *Lo inconsciente social*. Barcelona: Paidós.
- CIRESE, A. y Halbwachs, M. (1980). *Signicidad, fabrilidad, procesación, en Culturas Contemporáneas*, Vol I, N^a 1, Universidad de Colima, México.
- DURAND, G. (1982). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario. Introducción a la arquitectología general*. Madrid: Taurus.
- FREUD, S. (1976). *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. *Vol. V. La interpretación de los sueños (II) y Sobre el sueño: El trabajo del sueño*.
- _____. *Vol. VIII. El chiste y su relación con lo inconsciente*.
- _____. *Vol. XXII. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, y otras obras: 31^a Conferencia. Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis*.
- _____. *Vol. XIX. El yo y el Ello y otras obras: Las dos clases de pulsiones y La organización genital infantil*.
- _____. *Vol. XXII. Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras: 32^a Conferencia. Angustia y vida pulsional*.
- _____. *Vol. XXI. El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura, y otras obras: El Malestar en la cultura*.
- _____. *Vol. XIX. Pulsiones en El Yo y el Ello y otras Obras: Las dos clases de pulsiones*.
- FABBRI, P. (2000). *El giro semiótico*. Barcelona: Gedisa.
- FROMM, E. (1987). “La aplicación del Psicoanálisis humanista a la teoría de Marx”, en *Psicoanálisis y Marxismo*. Buenos Aires.
- HALL, S. (1980). “Introduction to media studies at the Centre”, en Suart Hall, Dorothy Hobson, Andrew Lowe y Paul Willis (eds.), *Culture, media, language*. London: Hutchinson.
- LACAN, J. (1982). Le Symbolique, l'Imaginaire et le Réel (1953) en: Bulletin de l'Association freudienne, I, 1982 (1999) Las formaciones del inconsciente, 1999. ISBN 978-950-12-3975-1 Consulta: 29 de noviembre 1918 en: http://www.rua.unam.mx/repo_rua/licenciatura_en_psicología/facultad_de_psicología__plan_2008/primer_semestre/_5160.pdf
- MORIN, E. (1966). *El espíritu del tiempo*. Madrid: Taurus
- MARTÍN-BARBERO, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. México: G. Gilli.

MORLEY, D. (1992). *Television, audiences and cultkultural studies*, Londres/Nueva York: Routledge.

PEIRCE, C.S. (1980). *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, 8 vols., C. Hartshorne, P. Weiss y A. W. Burks (eds.). Cambridge: Harvard University Press.

SEXSE, N. (2001). *Diseño.com*. Buenos Aires: Paidós.

THOMPSON, J.B. (2000). *Ideología y Cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México: UAM Xochimilco.

Datos de la autora

Aurora Maritza Bravo Heredia es Magíster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de México (UNAM). Profesora en la Facultad de Arte y Diseño de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) y profesora de la Maestría en Comunicaciones de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM).